Rafael Negrete-Portillo

EL LEGADO DE FELIPA

—¿Hablo ya, Joaquín? … Ah, vale, vale … No, no cortes esto, majo.—

»Queridos herederos, **aunque a veces me hartéis, también os necesito**.
Cededme un minuto antes de repartiros lo que tengo. Si alguien no aguanta sin móvil sesenta segundos, que deje su sobre y espere fuera, el notario, Joaquín, le indicará la salida.

»Veréis, aquello de que nacemos desnudos es absurdo. Al menos en mi caso. Yo nací pobre de recursos, pero rica en bienes: arropada en caricias temblorosas del abuelo y cobijada en besos de madre. Vestida en brazos de tías y sonrisas de primos inquietos. Rodeada de personas anónimas que conocía de sobra antes de poder identificarlas en ese laberinto de accesos familiares. ¡Que alguien me explique por qué a *la mama* le llama *tía* mi *primo* e *hija* la *yaya*…!

—Al lío … Sí, sí, ya voy, Joaquín.—

»Hoy me toca decir hasta luego y si estáis aquí, tendréis en vuestras manos un sobre. Aunque no es lo que esperéis, es lo que necesitáis.
Abridlo.
Exacto, "la escritura" real de mi HOGAR: la foto que nos hicimos en mi último cumpleaños y en la que estáis todos, hasta el tataranieto en la tripa de Yoli. Ahora es vuestra… no lo olvidéis, familia, pues el HOGAR no depende del sitio, sino de las personas que estén contigo.
Al final solo nos queda esto: aquellos que**, aunque a veces nos harten, también les necesitamos**…

—Ya está, Joaquín. ¿Me puedes traer agua, majo?—